



ALFAGUARA INFANTIL

ALFAGUARA



© 1992, RICARDO MARIÑO

© De esta edición

2013, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-987-04-2839-8

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

Primera edición: abril de 2013

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil:

MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición:

VIOLETA NOETINGER

Diseño de la colección:

MANUEL ESTRADA

Mariño, Ricardo

En el último planeta / Ricardo Mariño ; ilustrado por Lancman Ink. -

1a ed. - Buenos Aires : Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2013.

160 p. : il. ; 12x20 cm.

ISBN 978-987-04-2839-8

I. Literatura Infantil Argentina. I. Lancman Ink, ilus. II. Título

CDD A863.928 2

Todos los derechos reservados.

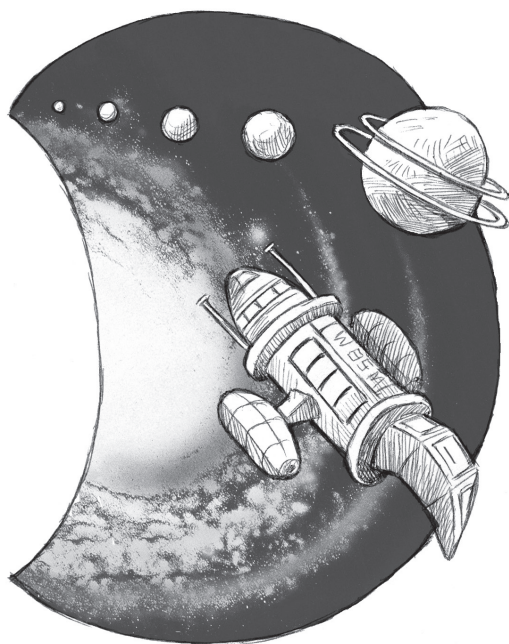
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

 **PRISA** EDICIONES

En el último planeta

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Lancman Ink



ALFAGUARA

A Andrés Mariño

*“Lo que me gustaría hacer
es un libro sobre nada”.*

FLAUBERT

Accidente en el espacio

Este libro trata sobre “Nada”. Sobre las aventuras vividas en ese planeta al que le pusimos nombre Marcia y yo, y al que llegamos por accidente cuando nuestra nave regresaba de Neptuno.

La mañana del 15 de febrero del año 2090, hace tres años, me embarqué en un cosmobús que me traería de regreso a la Tierra. Mis abuelos me llevaron hasta el puerto galáctico de Neptuno, cargándome poco antes de despedirse con regalos para todos nuestros parientes terrestres, además de un paquete con las extrañas frutas del lugar para que mis dos hermanos las probaran.

En Neptuno había pasado las vacaciones de verano, tres meses en los que tuve tiempo de recorrer una buena parte de ese planeta tan diferente al nuestro, con sus ciudades construidas en el fondo de los cráteres volcánicos apagados, sus gigantescos y atolondrados animales voladores y las curiosas costumbres de sus habitantes. (Con varios neptunianos de mi edad nos hicimos tan

amigos que todavía hoy continuamos intercambiando videomensajes).

Mis abuelos residían en Neptuno desde hacía quince años. Sin embargo, era la primera vez que los visitaba, como también el primer viaje que mis padres me permitían hacer solo. En realidad me había ganado el derecho a viajar en un concurso de la Teledifusora Interplanetaria 879, cuyo premio consistía precisamente en un pasaje al planeta que uno eligiera.

En Buenos Aires yo tenía uno de esos perros grandes y azules que traen de Venus, regalo de mi vecino Jeremías Einstein, quien se dedicaba a amaestrar canes que luego vendía a gente que no estaba condiciones de comprarse un mandadero-robot. En rigor, nuestro “Einstein” —ese fue el nombre que encontré para llamar al perro— jamás aceptó la orden de ir a hacer las compras a la Supertienda y hasta parecía sonreír irónicamente ante la insistencia de mi madre.

Una tarde, entonces, sonó mi CP¹ y, cuando atendí, alguien me dijo:

—¡Muy buenas tardes, muchacho! Te llamamos de “La Hora de la Ciencia”. Debes respondernos la siguiente pregunta: ¿quién fue el científico

1 Comunicador Personal.

terrestre autor de la Teoría de la Relatividad? Tienes veinte segundos para decir su nombre...

Le iba a contestar que no tenía la menor idea y que en casa estábamos hartos de la infinidad de programas de todos los planetas que a cada rato llamaban, cuando el perro levantó su pata izquierda e hizo pis sobre mi zapatilla.

—¡Maldita sea, Einstein! —le grité, tirándole una patada. Afortunadamente el aparato solo me estaba enfocando la cara, así que el animador del programa me dijo:

—Bueno, no es necesario que contestes de ese modo, muchacho. Pero entendemos tu alegría. ¡Felicitaciones! ¡Acabas de ganarte un viaje al planeta que prefieras gracias a “La Hora de la Ciencia”!

Fue así como pude viajar a Neptuno.

La nave que me tocó para hacer el viaje de regreso a la Tierra era una de esas de la Línea Cósmica de Neptuno, mucho más estrecha que la que me había tocado en suerte a la ida, aunque en compensación tenía grandes ventanales como para que los pasajeros disfrutáramos de la vista de todo el espacio interestelar.

Saludé a mis abuelos mientras el cosmo-bús comenzaba a ascender. Es una sensación muy

especial la de estar mirando a dos personas y que rápidamente, en segundos, comiencen a verse pequeñísimas, hasta convertirse en dos puntitos. Enseguida todo el planeta pareció apenas una naranja flotando en el espacio, y eso que Neptuno es mucho más grande que la Tierra.

En total éramos ocho pasajeros, además del conductor y la azafata, que por supuesto eran robots.

Sentada enfrente iba una anciana terráquea (mexicana) que mientras me acomodaba se dirigió a mí como si yo tuviera once años. Apenas soporté que lo hiciera, pero en la segunda oportunidad que me trató como a un niño no tuve más remedio que decírselo:

—Tengo doce años, señora —la corregí. Se quedó mirándome extrañada.

Con ella viajaba una chica que, como estaba de moda en la Tierra, llevaba la cabeza rapada, encerada, brillante, y pintadas las orejas a rayas transversales rojas y verdes. Era nieta de la anciana y extraordinariamente delgada. Me confundía el que fuera tan flaca y me gustara tanto: ¿cómo podía ser así, si precisamente mis favoritas eran las robustas chicas de tres senos de Neptuno, como lo

probaba la colección de cien fotos que llevaba en mi bolsillo? Era hermosísima. La abuela hablaba y ella parecía distraída. Calculé que tendría unos doce años (la chica).

Los primeros asientos estaban ocupados por un matrimonio de plutonianos. Los de Plutón tienen dos finas antenas que les nacen en la nuca y se doblan hacia adelante, golpeándoles cómicamente la cara. Cuando hablan (se oye un zumbido), las antenas se ponen rígidas y parecen afectadas por leves temblores. Tienen cuatro brazos y una estatura algo menor a la de un terrestre mediano.

Excepto los plutonianos, los demás nos comunicábamos en nuestros idiomas originales, en el ICU² o directamente con el audífono traductor (es obligatorio llevar uno cuando se viaja).

Detrás de los plutonianos iba un hombrecito de noventa centímetros de alto, proveniente de Gamonius. Personalmente conocía bastante sobre ese planeta de la Tercera Galaxia. Hacía poco en mi colegio habían proyectado una película en la que se mostraban las grandes ciudades enanas de Gamonius, con multitudes de esos seres pequeños yendo y viniendo por las calles entre edificios que parecían de juguete.

2 Idioma Cósmico Único.

—¿Viajas solo, querido? ¿Cuál es tu nombre, pequeño? —recuerdo que me preguntó la anciana.

—Bruno. Bruno Plop. Sí, viajo solo —le contesté.

—Aquel niño también viaja solo —nos dijo a su nieta y a mí, señalando al hombrecito de Gamonius. Reí a carcajadas (también la chica rio, mirándome y tapándose la boca), en tanto el hombrecito clavó su penetrante mirada en mí como dispuesto a mordirme si continuaba riéndome de esa manera.

Otro pasajero era el señor Piero N. Mastrángelo, al cual le hacían falta dos butacas para acomodar su traste descomunal. Era terrestre (italiano) y sumamente educado: antes de ir a su asiento saludó uno por uno a todos los compañeros de viaje presentándose con su nombre completo, deseándonos que disfrutáramos de la travesía y aclarándonos que había visitado Neptuno por cuestiones de negocios y “por puro placer de conocer lo ignorado”.

El último pasajero era un locósmico, un ser de ese planeta llamado Locosmos del cual hasta entonces pensaba yo que era un invento de las revistas.

El locósmico se sentó junto a mí y me dio conversación. Me hizo algunas preguntas sobre mi país y luego me contó que el deporte más popular



de su planeta es la “Carrera de Casas”. Compiten, me explicó, dos equipos formados por unos diez mil jugadores cada uno. Sobre una pista de cincuenta kilómetros cada equipo debe arrastrar una casa. Gana el que primero arriba a la meta con su casa. ¿Se estaría burlando de mí?

Al mediodía la azafata-robot nos invitó a pasar al comedor. Traté de que mi silla quedara frente la de la chica (escuché que la abuela la llamaba “Marcia”), pero la estúpida de la azafata observó:

—Que el niño se siente de este lado.

—¿A qué niño se refiere? —pregunté fastidiado. Todos rieron. También Marcia.

El locósmico comió algo así como fideos de alambre, que llevaba a su boca mediante una cuchara con imán. Como los locósmicos tienen dos bocas —una en la cara para hablar y otra en la nuca para comer— se sientan de espaldas a la mesa y se valen de un espejito para acertarle a la boca. Todos observábamos su complicada manera de alimentarse y lo guiábamos en el manejo de la cuchara con rápidas órdenes: “A la derecha... más hacia abajo... un centímetro a la izquierda”.

Injustamente fui reprendido por todos cuando el locósmico introdujo en su oreja una cucharada de fideos. Me acusaron de haberlo guiado mal deliberadamente.

A mí me sirvieron pescado estelar frío y pepinos violetas de Saturno (¡puaj!). Justo cuando mordí el primer bocado y mi expresión se desfiguró del asco, Marcia levantó la vista y me miró por primera vez desde que entráramos en el comedor. “¡Maldición, maldición!”, me dije. Para colmo, en dos oportunidades hice el comentario de que ese lugar estaba lleno de mosquitos. Entonces el locósmico me explicó al oído que ese zumbido que yo atribuía a los mosquitos era el sonido que producen los plutonianos al hablar. Los miré atentamente. El matrimonio estaba de gran conversación: las antenitas vibraban a más no poder.

A poco de que regresáramos al salón principal nuestra nave estuvo a punto de chocar contra un plato volador. El conductor-robot tuvo que hacer una arriesgada maniobra para impedir el impacto pero la nave se sacudió tanto que me hizo desparramar frutas por todos los rincones. Durante los siguientes quince minutos el conductor-robot se lo pasó insultando a su colega del platillo volador con el que estuvo a punto de estrellarse, como si el otro pudiera escucharlo.

—¡Qué maleducados fabrican a los robots últimamente! —fue el comentario que hizo la abuela de Marcia.

Entre varios me ayudaron a recoger las frutas: para reunirme con la totalidad de las minisandías de Saturno, que tan cariñosamente había juntado mi abuelo, fue necesario revolver el salón centímetro a centímetro (las minisandías son cinco veces más pequeñas que una uva).

—¿Qué le sucede a este niño? ¿No puede quedarse quieto un momento? —protestó la abuela.

—¡Se le cayeron las frutas! —le explicó Marcia. En eso, mientras perseguía arrodillado a una manzana “viva” (las de Saturno pueden rodar por propia iniciativa y por eso las llaman “vivas”), se escuchó un fuerte chillido. Era el señor pequeñito de Ganonius, al que yo acababa de aplastar contra el piso de un rodillazo. El pequeñín se rehízo, agitó su puñito y descargó un golpe sobre mi cabeza aprovechando que yo estaba tirado en el piso.

Casi no lo sentí. Fue como un coscorrónico de hormiga debilitada. Sin embargo, con una expresión terrible me dijo en su idioma algo así como:

—¡Atwrdrquykjhgiuyopervdgdwertaxrnzuyb...!
Temblando, volví a mi sitio.

Habrían transcurrido unas cinco horas de vuelo cuando vimos que una mole gigantesca de

piedra venía a nuestro encuentro. En segundos apareció más claramente en nuestra visión, luego se fue agrandando y de pronto la teníamos encima. Enmudecidos, la vimos pasar a centímetros de la trompa de la nave. No llegamos a ver si rozó o no nuestro vehículo pero lo cierto fue que todos saltamos del asiento y luego, cuando la nave dejó de sacudirse, nos encontramos tirados por el piso.

Nos habíamos salvado de milagro. Sin embargo, enseguida reparamos en que marchábamos silenciosamente: no funcionaban los motores. Y antes de tener tiempo de lamentarnos, el locós-mico, que había corrido hacia la cabina de mando para ver qué estaba ocurriendo, nos anunció que el conductor-robot se había desconectado luego del golpe.

Fuimos a verlo: estaba en la misma posición habitual pero no movía ni un dedo de los cuarenta que tenía. No éramos demasiados pero de todas formas se armó un gran griterío. Ninguno sabía cómo manejar la nave o de qué manera utilizar los instrumentos de comunicación para poder hablar con la Tierra o con cualquier otro planeta.

En cuanto a la azafata-robot, siguió sirviendo café y, si le preguntábamos cómo salir de la situación en que estábamos o cómo hacer para dirigirnos a algún sitio conocido, invariablemente

nos respondía en ocho idiomas cósmicos distintos y en ICU la misma frase: “La contestación a su pregunta no ha sido programada. Por favor intente preguntar algo más fácil”.

Durante toda la noche la nave estuvo viajando sin rumbo. Los pasajeros permanecemos despiertos, yendo y viniendo de la cabina de mando hacia la sala de pasajeros.

Uno de los intentos por salvarnos fue accionar botones y teclas del tablero de mando, apostando a que alguno de esos cientos de cuadraditos con luces pusiera en funcionamiento el equipo de comunicación. Durante dos horas el locósmico y el hombrecito de Gamonius (parado sobre una silla) estuvieron intentándolo infructuosamente. Al fin, derrotados, regresaron a la sala de pasajeros.

—¡Debemos racionar la comida! —exclamó casi desesperado el señor Piero N. Mastrángelo cuando ya habían pasado diez angustiosas horas. Frotaba nerviosamente su enorme panza y mantenía sus ojos clavados en mi paquete de frutas y en todo bulto sospechoso de contener alguna golosina o alimento.

La azafata-robot continuaba ofreciendo café como una tonta y sonriendo amable. Los

demás hablábamos sobre las escasas posibilidades de salvarnos. Coincidíamos en que nuestra salvación dependía de que por azar pasara cerca un ómnibus espacial, por ejemplo, y que su tripulación se diera cuenta de nuestro percance. Tratábamos de darnos ánimos pero internamente sabíamos que era casi imposible que se nos presentara alguna posibilidad de salir con vida de esa aventura.

Un día después de que nos rozara el meteorito comenzamos a avistar un punto muy lejano. Como ignorábamos por qué región del espacio nos encontrábamos navegando, los mapas cósmicos no nos servían para averiguar si se trataba de algún planeta conocido.

—Si en verdad se trata de un planeta, opino que seremos atraídos por su fuerza de gravedad. En ese caso, queridos compañeros de este desafortunado viaje, en fin... moriremos estrellados —afirmó el señor Piero N. Mastrángelo sin poder disimular el temblor de su voz.

—No hable usted de ese modo delante de los niños —lo reprendió la abuela de Marcia señalando a su nieta, al hombrecito de Gamonius (quien nuevamente la miró enojado) y a mí.

—Pero, si se trata de un planeta y está habitado, entonces es posible que nos detecten

con sus radares y vengan a socorrernos —comentó el locósmico.

—¡Nos estamos acercando! —gritó de pronto Marcia y corrió a abrazarse a su abuela. La anciana la apretó entre sus brazos y repitió varias veces su nombre, consolándola.

Me acerqué a uno de los ventanales: resultaba terrorífico ver con qué rapidez ese planeta o lo que fuera se iba agrandando. La sensación que tuve fue que esa mole venía hacia nosotros a toda velocidad. Por supuesto, era al revés. Nosotros marchábamos vertiginosamente a estrellarnos contra su superficie.

Aferrado al respaldo de su asiento, el señor Piero N. Mastrángelo estaba paralizado por el miedo, en tanto la pareja de plutonianos permanecía abrazada mirando hacia afuera, con sus antenas vibrando y cierta inequívoca expresión de pánico en sus rostros tan simpáticos en otros momentos.

No pude reprimir mi emoción al ver a Marcia abrazada a su abuela. Corrí hacia ellas y estrechándome contra sus cuerpos les dije:

—¡No temas, Marcia! ¡Confíe en mí, noble anciana! Haré lo necesario para que salgan con vida de esta pesadilla. ¡Sí, las salvaré aunque muera en el intento, las salvaré aunque morir me cueste la vida!

Marcia se volvió hacia mí riendo: de esa manera expresaba cuánto la emocionaba mi gesto (¿o su mirada era de burla?). En cambio su abuela me dijo:

—Sí, querido, sí. Eres un excelente muchacho, Pero ve a jugar a otro lado, ¿eh? Puedes jugar con el otro niño, ándale.

Entonces comencé a preocuparme de verdad. ¿Moriríamos? ¿Ya no vería más a mis hermanos y a mis padres? Sentí miedo y corrí a aferrarme, no sé por qué, al hombre y a la mujer de Plutón. Ellos me abrazaron con sus ocho brazos mientras sus antenitas no dejaban de zumbar: “bzzzz... bzzzz”, como si estuvieran consolándome. Imaginé que me estaban contando algo, tal vez un cuento, como hacía mi madre cuando yo era más chico y por las noches tenía miedo.

La nave era un griterío. Ya no cabían dudas: se trataba de un planeta y contra él pereceríamos estrellados. En medio de la confusión, la azafata-robot, como si estuviera loca, iba y venía ofreciendo café. Para apartarme de ese lío fui hasta la cabina de mando, el único lugar que suponía tranquilo.

Sin embargo, también hasta allí llegaban los gritos:

—¡No quiero morir aquí! ¡Alguien tiene que ayudarnos!

Por cierto, el planeta se veía cada vez más grande y sobre su superficie no se divisaban casas ni edificios ni nada que alimentara la esperanza de que estuviera habitado.

En realidad, había querido entrar en la cabina para probar suerte tocando los cientos y cientos de botones del tablero, como antes habían hecho el locósmico y el chiquitín. Según palabras de ambos, había motores que frenaban el descenso de la nave, solo que nadie sabía con qué combinación de botones ponerlos en funcionamiento.

Me mareó tal cantidad de teclas, luces y comandos digitales de los más diversos colores y formas, con inscripciones en el idioma de Neptuno. Pero mi intención era salvarme, salvar a los demás, y, en fin, convertirme en el héroe de esta aventura, así que elegí un botón amarillo y azul que tenía una leyenda indescifrable. Cauteloso, adelanté el dedo índice, rezando para que no se tratara del botón que pusiera en funcionamiento los motores porque en ese caso nos estrellaríamos más rápido contra el planeta. Ya mi dedo rozaba el botón cuando un grito me paralizó:

—¿Qué intentas?!

Casi me desmayo. Era Marcia.

—¡Pienso tocar todos los botones hasta dar con el que pone en funcionamiento el mecanismo de descenso! —le grité con furia.

—Ah, qué casualidad, lo mismo había pensado yo... ¿Y cuál vas a tocar?

—Cualquiera... ¡este!

—Ese amarillo y azul no, mejor... ¡ese, el cuadradito!

—¿Para qué hablás? Si no sabés nada.

—¿Y tú? ¿Acaso quieres hacerme creer que entiendes?

No le respondí. Presioné el amarillo y azul: comenzó a oírse la música funcional.

No me rendí: accioné uno violeta con rayitas doradas... Se encendió una pequeña pantalla en la que podía leerse en distintos idiomas: “Su horóscopo para hoy le aconseja dejar que todo continúe como está, interviniendo usted lo menos posible a fin de no introducir alguna estúpida variante que complique las cosas aún más. En el amor, pésimo: tendrá un altercado con su amada. Negocios, perderá lo poco que le queda. Vínculos familiares, ni hablar. Quién sabe si vuelva a ver a alguien de su familia...”.

—¡Dios mío!

Accioné entonces un triángulo blanco: salieron unas manos mecánicas, una con un

pañuelo de papel y otra que sostuvo mi cabeza. La primera presionó mis fosas nasales, al tiempo que una voz metálica me ordenaba “¡sople!”.

Intenté barrer casi todo el teclado con mis dedos: funcionó una especie de limpiaparabrisas, brotó un chorro de desodorante de ambiente que me dio en la cara, mi asiento subió hasta el techo y luego cayó como plomo, se escuchó cantar “*Happy birthday to you...*”, una pantallita informó sobre los resultados del béisbol en Túnez y no recuerdo cuántas cosas más.

—¡Nos estrellamos! —volvieron a gritar en el salón principal, y así parecía: tan cerca vi el suelo del planeta que esperando el impacto se me cortó la respiración. Marcia me miraba aterrorizada. Quise dar un manotazo al botón que había elegido ella. De los nervios le pegué a otro cercano. “Si desea tomar clases de bridge con el método del profesor Lajes Smidsh, adecuado para alguien que hace sus primeros pasos en este maravilloso juego, no tiene más que volver a oprimir este botón...”, dijo una voz cantarina. Nos tiramos sobre el tablero y caímos sobre el botón cuadrado...

Escuchamos un fuerte rugido y una fuerza invisible nos aplastó contra el piso: eran los motores de descenso, que empezaron a funcionar.



De los caños que sobresalían en la panza de la nave salieron potentes chorros de aire, creando un colchón que amortiguó el contacto con la superficie del planeta.

Hubo un segundo, como un siglo, durante el cual quedamos paralizados, esperando no sé qué confirmación de que efectivamente no nos habíamos estrellado. De pronto volvimos a respirar y enseguida estábamos gritando y saltando como locos, los dos abrazados. Corrimos atropelladamente al salón principal a ver a nuestros compañeros. Nos impresionó verlos como estatuas, todavía con los ojos cerrados y los dientes apretados, preparados para el golpe contra el planeta.

—¡Milagro... milagro! —gritó de pronto la abuela.

—¡Sabía... yo sabía que nos íbamos a salvar! —gritó el señor Piero N. Mastrángelo.

—*BZZZ... bzzzzz bzzz* —vibraban eufóricos los plutonianos.

Después de mucho festejar se nos ocurrió bajar de la nave. No quiero estropear los planes del lector que pensaba dejar la lectura en este punto pero, no puedo ocultarlo... ¡nos esperaba una horrible sorpresa!